

El Sacrificio de Jesucristo

El fanatismo y odio religioso son un fuego que devora al mundo, cuya violencia nadie puede extinguir. Sólo la mano del Poder Divino es capaz de librar a la humanidad de esa aflicción desoladora... Bahá'u'lláh

Esta columna va dedicada a los Yarán, siete 'prominentes bahá'ís iraníes, que sufren por más de dos años en la terrible prisión Evin en Irán, cuyo crimen es su amor y servicio a la humanidad.

Nos complace compartir la segunda charla del Maestro 'Abdu'l-Bahá, a su llegada a Nueva York el 12 de abril de 1912 del libro La Promulgación de la Paz Universal; recopilación de sus charlas durante su visita a Estados Unidos y Canadá:

El propósito de la creación del hombre es el de alcanzar las supremas virtudes de la humanidad mediante el descenso de las dádivas celestiales. El propósito de la creación es, por tanto, unidad y armonía, no cisma y discordia. Si los átomos que componen el reino mineral no tuviesen una afinidad mutua, la tierra jamás se hubiese formado, el universo no hubiera podido ser creado. Debido a que tienen afinidad mutua, el poder de la vida es capaz de manifestarse por sí mismo, haciendo posibles los organismos del mundo de los fenómenos. Cuando esta atracción o afinidad atómica se destruye, el poder de vida deja de manifestarse, dando como resultado la muerte y la inexistencia.

De la misma manera ocurre en el mundo espiritual. Ese mundo es el reino de la completa atracción y afinidad. Es el Reino del Único Espíritu Divino, el reino de Dios. Por tanto, la afinidad y el amor manifiestos en esta reunión, las sensibilidades divinas aquí presentes no son de este mundo, sino del mundo del Reino. Cuando las almas se separan y se vuelven egoístas, las bondades divinas no descienden, y las luces del Concurso Supremo no se reflejan más aunque los cuerpos se reúnan. Un espejo con su reverso vuelto hacia el sol no tiene poder para reflejar el resplandor solar. ¡Alabado sea Dios! El propósito de esta asamblea es el amor y la unidad.

Los profetas divinos vienen para establecer en los corazones humanos la Unidad del Reino. Todos ellos proclaman las buenas nuevas de las dádivas divinas al mundo de la humanidad. Todos trajeron al mundo el

mismo mensaje de amor divino. Jesucristo dio su vida en la cruz por la unidad de la humanidad. Aquellos que en Él creyeron de igual forma sacrificaron sus vidas, su honor, posesiones, familia, todo, para que este mundo humano pudiese ser liberado del infierno de la discordia, la enemistad y la lucha. Su fundamento fue la unidad de la humanidad. Sólo unos pocos fueron atraídos hacia Él. No fueron los reyes ni gobernantes de su tiempo. No fueron las personas ricas e importantes. Algunos de ellos fueron pescadores. La mayoría de ellos eran ignorantes, sin instrucción en lo mundano. Pedro, uno de los más importantes, no podía recordar los días de la semana. Todos ellos eran los hombres más insignificantes a los ojos del mundo. Pero sus corazones eran puros y fueron atraídos por los fuegos del Espíritu Divino manifiesto en Cristo. Con este pequeño ejército, Cristo conquistó el mundo del Este y del Oeste. Los reyes y las naciones se levantaron contra Él. Los filósofos y los grandes eruditos blasfemaron y atacaron su Causa. Todos ellos fueron derrotados y superados, sus voces silenciadas, sus lámparas extinguidas, su odio sofocado; ya no queda rastro de ellos. Se han vuelto inexistentes, en tanto Su Reino es triunfante y eterno.

La brillante estrella de su Causa ha ascendido al cenit, en tanto la noche ha envuelto y eclipsado a sus enemigos. Su nombre amado y adorado por unos pocos discípulos ahora inspira la reverencia de los reyes y naciones del mundo. Su poder es eterno, su soberanía continuará eternamente, en tanto los que se opusieron yacen en el polvo y sus nombres son desconocidos, olvidados. El pequeño ejército de discípulos se ha convertido en una poderosa cohorte de millones. La Hueste Celestial y el Concurso Supremo forman sus legiones. La Palabra de Dios es su espada. El poder de Dios es su victoria.

Jesucristo sabía que esto sucedería y estaba satisfecho de sufrir. Su humillación fue su glorificación. Su corona de espinas, una diadema celestial. Cuando la forzaron sobre su bendita cabeza y escupieron su hermoso rostro, echaron las bases de su reino sempiterno. Él aún reina, en tanto que ellos y sus nombres se han perdido y ahora son desconocidos. Él es eterno y glorioso, ellos no existen. Intentaron destruirlo, pero se destruyeron a sí mismos y aumentaron la intensidad de su llama con los vientos de la oposición.

Mediante su muerte y sus enseñanzas hemos entrado en su Reino. Su enseñanza esencial fue la unidad de la humanidad y el logro de las supremas virtudes humanas a través del amor. El vino para establecer el reino de la paz y la vida eterna. ¿Podéis vosotros encontrar en sus

palabras alguna justificación para la discordia y la enemistad? El propósito de su vida y la gloria de su muerte fue el liberar a la humanidad de los pecados de la contienda, de la guerra y del derramamiento de sangre. Las grandes naciones del mundo se jactan de que sus leyes y civilización están basadas en la religión de Cristo. ¿Por qué entonces se hacen la guerra unas a otras? El Reino de Cristo no puede defenderse destruyendo, desobedeciéndolo. Las banderas de sus ejércitos no pueden liderar las fuerzas de Satán. Considerad la triste imagen de Italia llevando la guerra a Trípoli. Si anunciaseis que Italia es una nación bárbara y no cristiana, esto sería negado vehementemente. Pero, ¿aprobaría Cristo lo que están haciendo en Trípoli? ¿Es esta destrucción de vidas humanas, obediencia a sus leyes y enseñanzas? ¿Dónde ordenó Él esto? ¿Dónde lo consintió? Él fue muerto por sus enemigos, no mató. Incluso amó y rogó por aquellos que lo colgaron en la cruz. Por tanto, estas guerras y crueldades, este derramamiento de sangre y este dolor son el Anticristo, no Cristo. Son las fuerzas de la muerte y de Satán, no las huestes del Supremo Concurso Celestial.

No menos amargo es el conflicto entre sectas y grupos religiosos. Cristo era un divino centro de unidad y amor. Siempre que prevalezca la discordia en lugar de la unidad, siempre que el odio y el antagonismo tomen el lugar del amor y del compañerismo espiritual, reina el Anticristo en lugar de Cristo. ¿Quién tiene la razón en estas controversias y odios entre sectas? ¿Cristo les ordenó amarse u odiarse unos a otros? Él incluso amó a sus enemigos y en la hora de su crucifixión rogó por aquellos que le dieron muerte. Por tanto, ser cristiano no sólo es blasonar el nombre de Cristo y decir: “Pertenezco a un gobierno cristiano”. Ser un verdadero cristiano es ser siervo de su Causa y de su Reino, avanzar bajo su bandera de paz y amor para con toda la humanidad, sacrificarse a sí mismo, ser obediente, ser vivificado por los hábitos del Espíritu Santo, ser espejos reflejando el esplendor de la divinidad de Cristo, ser árboles fructíferos en los jardines que Él plantó para refrescar el mundo mediante el agua de vida de sus enseñanzas, en todas las cosas ser como Él y estar colmados del espíritu de su amor.
